RESEÑAS

Stella Calloni, *Los años del lobo* (Operación Cóndor), 1999, Buenos Aires, Peña Lillo, 220 p.

Eu & nice: love & peace

Cuando en 1989 un golpe militar derrocó al anciano dictador Alfredo Stroessner comenzó el disperso retorno de una multitud de paraguayos, algunos exiliados por más de cuatro décadas. Casi tres años después uno de ellos, el abogado y pedagogo Martín Almada, acompañado de un juez, periodistas, parlamentarios y simples víctimas de la dictadura irrumpieron en una casa en las afueras de Asunción donde previsiblemente hallaron esas toneladas de alucinantes papeles hoy conocidos como *Los archivos del terror*. “A unos 60 metros de este lugar de Lambaré, luego pudimos desenterrar (...) documentos de paraguayos, argentinos, brasileños (...) las identificaciones de personas desaparecidas que estaban ocultas bajo la tierra en bolsas de plástico para protegerlas de la humedad.”

209

Aunque desde hacía varios años una numerosa sucesión de hechos cruentos permitía reforzar la conjetura de una acción represiva coordinada entre por lo menos seis regímenes militares de la región, fue el asesinato de Orlando Letelier en el “barrio de las embajadas” de Washington en septiembre de 1976 lo que puso en evidencia las garras de la Operación Cóndor, que meses antes *The Guardian* de Londres comparara con la Operación Fénix, instrumentada la década precedente para eliminar donde fuera a los patriotas vietnamitas con capacidad de agrupar una resistencia contra la ocupación estadounidense.

William Colby, responsable de ese operativo y de las “cuotas mensuales obligatorias de exterminio de población civil”, que ante el Congreso de su país admitiera el asesinato de más de 20 mil personas (cifra corregida por el gobierno de Saigón que contabilizó 41 mil), en 1974 director de la CIA declaró que “Estados Unidos tiene derecho a actuar ilegalmente en cualquier región del mundo (...) y hasta llevar a cabo operaciones tales como la

RESEÑAS

intromisión en los asuntos internos chilenos". Ya en 1973 se supo que el dinero para financiar la táctica huelga de los camioneros (que hizo 'gritar la economía' chilena, como quería Nixon, asesorado por Kissinger) decisiva para la caída del gobierno de Salvador Allende, provino de Asunción, capital de ese pequeño país enclavado en el corazón de Sudamérica, donde sorprende tanto el aspecto de búnker de la embajada estadounidense como su desproporcionada concentración de funcionarios; la mayoría asimilada al principal centro de operaciones de la CIA y del FBI en la zona.

Ahora los documentos no sólo permitían reconstruir partes del macabro rompecabezas de la tragedia vivida por el subcontinente durante las últimas décadas sino la irrecusable presencia organizadora de Washington en las acciones. "La CIA actuó como intermediaria en las reuniones entre los dirigentes de los escuadrones de la muerte brasileños, argentinos y uruguayos; su división de servicios técnicos suministró equipos de tortura eléctrica, asesoramiento y coordinación entre las agencias regionales de inteligencia. Esta cooperación hizo posible el intercambio de información y de prisioneros, incluso de asesinatos conjuntos. Un exiliado político podía ser secuestrado, tomado como rehén y llevado a través de las fronteras, torturado y desaparecido, sin ninguna autorización judicial." Recientemente Madeleine Albright aludirá los hechos como 'errores' del pasado, no obstante en Estados Unidos permanecen más de 150 escuelas donde han sido entrenados miles de torturadores latinoamericanos.

Como afirma Chomsky, el llamado conflicto Este-Oeste fue la pantalla estratégica que circunstancialmente sirvió para encubrir al auténtico, conflicto Norte-Sur, moderno eufemismo para el secular vampirismo de los poderosos iniciado con las primeras conquistas de los colonizadores europeos. La Guerra fría fue el contexto de la Teoría de la Seguridad Nacional, internacional del crimen que durante los 70 infligió más de 50 mil asesinatos en el Cono Sur con el objetivo de abortar todo obstáculo a los imperativos globalizadores impuestos a rajatabla la siguiente década.

En Argentina —que en 1918 produjo una reforma universitaria sustancial y que hacia 1940 casi ha erradicado el analfabetismo y cuenta con una proporción estudiantil universitaria de las más altas del mundo— la mayoría de los asesinatos masivos durante el siglo XX fueron consumados contra población urbana e instruida (a manos del Estado, por supuesto). En casi todos los países latinoamericanos las sordas masacres serán cometidas contra los eternos condenados de la tierra.

RESEÑAS

Durante los 80 Cóndor se expande y asocia con otros operativos semejantes. Miguel Ángel Asturias con *El señor Presidente* borda sobre la trama de la dictadura de Ubico, quedándose corto con las imágenes del horror de una historia que retornará con nuevos capítulos corregidos y aumentados, cuando el breve período democrático en el que gobernaron Arévalo y Arbenz sea interrumpido con la invasión de mercenarios armados y dirigidos por la CIA y la United Fruit Company en 1954, convirtiendo a Guatemala en un laboratorio del terrorismo, que durante 36 años asesinará 200 mil personas y borrarán del mapa por lo menos 440 aldeas indígenas.

El sacerdote Daniel Santiago en el periódico jesuita *América* se referirá a prácticas comunes en la región. “La gente no sólo es asesinada por los escuadrones de la muerte, es decapitada y luego a las cabezas las ponen en estacas y son usadas para salpicar el paisaje. A los hombres no sólo se les destripa a manos de la Policía Salvadoreña del Tesoro; se les meten los genitales cortados en la boca. La Guardia Nacional no sólo viola a las mujeres salvadoreñas, cortan y separan las entrañas de los cuerpos y las usan para cubrir las caras. No basta matar a los niños, los arrastran sobre alambre de púas hasta que se les cae la carne de los huesos, y a los padres los fuerzan a mirar.”

Esta violencia se recrudecerá cuando religiosos de la orden en un intento de auxiliar a los pobres comiencen a organizar grupos de ayuda y asociaciones de campesinos, osadía que repetidamente costará la vida a los voluntarios. Monseñor Oscar Arnulfo Romero dirá que se vio “dolorosamente iluminado” cuando varios sacerdotes fueron asesinados “por cumplir su deber de pastores” al tratar de defender a las poblaciones campesinas de las matanzas, y explicará la conmoción de su experiencia: “Entonces vi con mis ojos lo que estaba sucediendo, escuché los testimonios, vi la muerte día por día, el miedo en cada caso.” Como la autora del libro que comentamos recuerda: “Era un hombre dolorido y atravesado por una necesidad cristiana de ‘recuperar el derecho a la vida’. Por eso, cada domingo, a la hora que él leía su homilía, se producía un extraño silencio en la ciudad, en los mercados populosos. Todos escuchaban por radio aquella homilía donde el Arzobispo reclamaba con palabras de Dios por su pueblo. En un sermón dedicado a los soldados les dirá que están matando a sus propios hermanos, ordenándoles parar en nombre de Dios.” El día siguiente será asesinado mientras celebraba una misa. Cuando sus restos sean despedidos en un oficio con los obispos de la región en la catedral salvadoreña, el ejército abrirá

RESEÑAS

fuego masacrando a la multitud agolpada en su explanada. Como también señala Chomsky, la finalidad de actos por el estilo siempre es la misma, meter miedo, diezmar: “aplastar el nacionalismo y acabar con las fuerzas populares que podrían traer democracia significativa”.

A los militares que en Argentina mataron a más de 30 mil –y derrotados por militares ingleses, ayudados por militares estadounidenses y ¡ay! también por militares chilenos– les sucede el gobierno constitucional de Alfonsín que enjuicia y encarcela a varios de sus cabecillas. Luego, bajo presiones, sancionará un par de leyes que detienen los procesos. Menem que se hará del poder con los votos populares para continuar gobernando como los enemigos del pueblo, indultará a los principales criminales. Como observa Calloni, la política de la impunidad es la lógica continuidad de la política del terror.

Durante la presidencia de Alfonsín se constituirá la CONADEP, que en el informe *Nunca más*, documentará que como estructura del terrorismo de Estado en el período apenas concluido en Argentina funcionaron por lo menos 340 campos clandestinos de cautiverio, tortura y exterminio. Con este antecedente, durante más de tres años miembros de la Iglesia católica realizaron más de seis mil entrevistas a damnificados por la represión guatemalteca, cuyo testimonio plasmado en una publicación semejante permitirá “romper el silencio que durante años han mantenido miles de víctimas de la guerra y abrir la posibilidad de que hablaran y contaran su historia de dolor y sufrimiento, a fin de sentirse liberadas”, en palabras pronunciadas durante su presentación por monseñor Gerardi, coordinador general de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. Dos días después el Obispo –que en 1980 ante el sistemático acoso de los militares clausurara la diócesis de El Quiché– en pleno centro de la capital guatemalteca moría con el rostro destrozado. La desmesura de la violencia es característica de las ejecuciones ejemplares.

Que la paz capitalista es una hipocresía, como denunciaba Ernst Bloch, resulta flagrante cuando la guerra prospera entre los más florecientes negocios. Para continuar quemando recursos en el arsenal, los mercaderes de la muerte también nos pertrechan de pseudo argumentos: “Aunque los comunistas ya no están, el mundo todavía es un lugar peligroso” (George Bush).

El fin de la tensión bipolar (‘equilibrio del terror’) desemboca en este terrorífico desequilibrio. Con el *escenario* post Vietnam de ‘conflictos de baja intensidad’ inaugurado cuando Reagan el sistema muestra sin tapujos

RESEÑAS

su calavera. Como siempre, será en el capitalismo dependiente del Tercer mundo donde repercutan las más desgarradoras paradojas, cuando las democracias formales arrojan saldos más cruentos que las guerras declaradas. Aquí los ajustes no sólo son económicos, financieros, presupuestales sino poblacionales. Todos los días muere población civil aplastada por militares, paramilitares, supramilitares, que previamente ha sido empujada fuera de las campanas econométricas. La exclusión por bala es tan científicamente previsible como la de los hambreados.

Como reconoce Hazel Anderson respecto al devenir ideológico de la disciplina, “la economía no es una ciencia; es simplemente política disfrazada” y, posiblemente con cinismo, George Soros, “la política también es un negocio”, que sería la premisa implícita en la conclusión de Clausewitz de que la guerra constituye la continuación natural de la política. Las guerras civiles siempre son sucias –hoy hasta las ‘quirúrgicas’ sabemos que son inmundas– y las actuales no pueden ser explicadas meramente desde el fenómeno bélico sino que obedecen a una dinámica política y económica siniestra por la que, como dice esta autora, “los militares (...) son los ejecutantes de un proyecto cuyos resultados no cierran sin genocidios”.

Banzer (que luego de una matanza rural, dirá en un discurso: “A ustedes, hermanos campesinos, voy a darles la consigna como líder: el primer agitador que vaya al campo, yo los autorizo, me responsabilizo, pueden matarlo. Si no, me lo traen aquí para que se entienda conmigo personalmente.”) ha vuelto a gobernar Bolivia. Pinochet, relanzado al estrellato merced a un alarde de la típica hipocresía británica es recibido con honores en el país que mutiló. Kissinger, monje negro de los regímenes más sanguinarios y ¡Nobel de la paz! se pasea por los estados desunidos del sur dictando conferencias sobre negocios y democracia. En Argentina organizaciones humanitarias denuncian espionaje domiciliario, telefónico, de internet y seguimiento de personas más allá de sus fronteras. ¿Acaso no resulta todo esto escandalosa, pesadillezca, aterrorantemente familiar?

Los años del lobo, no es propiamente una disección (porque el organismo goza de remozada salud) sino una escalofriante tomografía por las entrañas de la bestia.

ALBERTO SAURET
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM